

ciones musicales fueron prontamente descubiertas, ingresó a la edad de seis años en el Monasterio de Montserrat, en cuya Escolanía, y actuando como infante de coro, aprendió, como en aquel Centro —sede de la música elevada y cuna de tantos y tantos maestros en este arte—, se enseñaba solfeo, órgano y composición, con tal aprovechamiento que pronto pudo ocupar el cargo de maestro de capilla en la Catedral de Lérida, renunciando a él para ingresar como monje en el Monasterio de El Escorial, donde transcurrió su vida hasta su óbito, acaecido el año 1783, actuando primeramente como organista y más tarde como maestro de aquella docta capilla.

Si como tal dió a ésta gran esplendor, no limitó al desempeño de este cargo sus actividades, pues las compartió con las de teórico y polemista y, sobre todo, con las de compositor de gran fantasía, sólidos conocimientos técnicos y espíritu renovador, cultivando no solamente el género religioso, pero también diversos otros por los que, en realidad, está cimentada su fama y es relevante su nombre.

El infante don Gabriel de Borbón, hijo de Carlos III, gran devoto de la música y cultivador práctico de ella, que pasaba largos períodos de tiempo en el Real Palacio de El Escorial, contiguo al Monasterio, tenía como maestro a Fray Antonio Soler, el cual dedicó a su egregio discípulo infinidad de composiciones, entre las cuales se cuentan como más notables las de música de cámara, consistentes en una colección de cuartetos para órgano e instrumentos de cuerda y una serie de conciertos y sonatas para clavecín que el propio príncipe interpretaba y que por su positivo valor fueron publicados en Londres por el editor Roberto Birchall. Estas

composiciones, de gran delicadeza y gracia, de bella forma y espiritualidad, al extenderse su conocimiento e interpretarse por todas partes, hicieron que el Padre Antonio Soler fuera equiparado en valor musical, riqueza de invención y perfección de forma con el maestro José Haydn, reconocido universalmente como la primera figura en este arte.

Su fecundidad y capacidad de trabajo le permitieron ampliar su producción a otros géneros musicales como el dramático, componiendo gran cantidad de entremeses y tonadillas que eran representados por los monjes y novicios en la época de vacaciones y en las grandes solemnidades, así como también el teatral en un sentido de gran envergadura, ilustrando musicalmente el drama de Calderón titulado «La hija del aire», en el cual se desarrolla la leyenda de Semíramis.

Todas estas actividades bastarían para reputar al monje jerónimo como creador fecundo, pero aún tuvo tiempo, energía y capacidad para extravasarse a sí mismo acometiendo otras que si no siempre respondían a un alto sentido de emoción y de belleza, absorbieron su atención con intensidad digna de mejor causa. Nos referimos a las famosas controversias musicales que sobre problemas de teoría y de técnica sostenían algunos músicos nacionales y extranjeros y que se resumían en componer los célebres «cánones enigmáticos» escritos hasta para cuarenta y ocho voces y cuyo único e inútil objetivo era el de «fabricar», a fuerza de paciencia e ingenio, melodías que podían ser interpretadas tanto en un sentido como en otro; lo que hoy el vulgo calificaría con el pintoresco apelativo de *capicúas*, que tanto fomentaron Cerone y Nasarre y a las